

Libros y literatura en el espacio latinoamericano

José Luis DE DIEGO

Universidad Nacional de La Plata-IdIHCS

A Susana Zanetti, in memoriam

Me voy a referir al tema de esta conferencia a partir de algunos recortes: 1) un recorte genérico: hablaré, como lo adelanta el título, sobre el libro de literatura y no sobre otros géneros (libros de texto, infantiles, profesionales, autoayuda, etc.); 2) un recorte temporal: focalizaré la atención sólo a partir del siglo XX y no antes; 3) un recorte metodológico: me referiré sólo a variables cualitativas y no a variables cuantitativas.

Comienzo con un breve rodeo autorreferencial. Entre 2004 y 2006, dirigí un grupo de investigación sobre editores y políticas editoriales en Argentina. Los resultados de esa investigación se dieron a conocer en el libro homónimo que editó, en 2006, el Fondo de Cultura Económica. Uno de los problemas que se nos planteó, entonces, en el recorte del objeto de estudio fue qué hacer con el intenso intercambio que el mercado editorial argentino tenía con mercados externos. Muy a grandes trazos, se podría decir que antes de la guerra civil española, Argentina era importadora de libros de alta calidad de factura y productora creciente de libros de baja calidad. Si se observa el período que va de fines del siglo XIX a comienzos del XX, las ediciones consideradas de calidad resultan escasas y todavía producidas con insumos importados, los que encarecían notablemente su costo. Es sabido también que el giro producido por la guerra civil tiene, al menos, dos consecuencias importantes: España deja de ser un mercado de competitividad externa, y varios notables editores españoles se radican en Argentina y dan un impulso renovado a la edición en el país. Durante aquella “época de oro”, así se la llamó, Argentina llegó a proveer el 80% de los libros que importaba España. A mediados de la década del cincuenta, aquella bonanza comienza a decaer, el país inicia un proceso de pérdida de mercados externos y encuentra en el mercado interno las razones de una productiva subsistencia. Así, en el campo de la literatura, se puede advertir que los catálogos se “desespañolizan” (recordemos la fuerte presencia de autores españoles en la Colección Austral, de Espasa-Calpe, y en la Biblioteca Contemporánea, de Losada) y se van “latinoamericanizando”. La Editorial Sudamericana marcó el ritmo de la producción del llamado *boom* de la novela latinoamericana y se fue

creando, ya entrados los sesenta, un mercado de lectores nuevo, mucho más atento a la literatura de nuestro continente y a las novedades que, en el campo de las ciencias sociales y políticas, editaban los mexicanos del Fondo de Cultura y de Siglo XXI. La dictadura que se inicia en 1966 da un primer golpe a aquella realidad productiva y el segundo, letal, lo dará la dictadura que se instaura diez años después, en 1976. La recuperación democrática coincidirá con el despliegue del proceso mundial al que solemos llamar globalización que marcó y marca a la industria del libro hasta nuestros días. La progresiva concentración de las empresas del libro en un oligopolio transnacional caracteriza un itinerario que parece tener sede en España, centro visible de la edición en nuestra lengua en los días que corren, pero que, como aquel dinero de Quevedo, en muchos casos “viene a morir en España / y es en Génova enterrado”.

Ahora bien, este breve introito es bien conocido por todos ustedes. Lo reseñé de este modo sólo para dar cuenta del problema metodológico con el que nos enfrentamos en oportunidad de escribir aquel libro: ¿cómo aislar a ese objeto, el libro y la edición en Argentina, cada vez más integrado a un mercado mundial? Hablar de ese objeto implicaba una suerte de recorte artificial, ya que, podríamos decir, nuestro libro *se detenía* allí donde el mercado *no se detenía*. Me convencí, entonces, de que era menester abrir el objeto de estudio y, por ende, complejizarlo. Esa convicción tuvo que ver, también, con el interés creciente por estos temas que advertí desde, por dar sólo un par de ejemplos pioneros, el *dossier* sobre “El libro español” que publicara *Cuadernos Hispanoamericanos* en 1997 y el número de *Revista Iberoamericana* de fines de 2001, dedicado a “Mercado, editoriales y difusión de discursos culturales en América latina”. En 2008, invitado al Primer Congreso de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas, aproveché el compromiso y lo transformé en oportunidad para estudiar la edición en España con posterioridad a la muerte de Franco (de Diego, 2010). Me encontré con una abundante y creciente bibliografía de muy diverso tipo: trabajos académicos, como los de Jean-François Botrel, Jesús Martínez Martín y Ana Martínez Rus (la mayoría de ellos sobre períodos cronológicamente anteriores); libros de periodistas culturales, especializados en el mercado editorial, como los muy informados de Xavier Moret (2002) y Sergio Vila-Sanjuán (2003); libros de testimonios de editores, como las estupendas memorias de Carlos Barral, o los de Rafael Borràs Betriu, de Jorge Herralde, de Esther Tusquets, de Mario Muchnik; los volúmenes de testimonios colectivos, como *Conversaciones con editores en primera persona* (2006), editado por la Fundación Sánchez Ruipérez; o *Un viaje de ida y vuelta. La edición española e iberoamericana* (2007), edición a cargo de Antonio Lago Carballo y Nicanor Gómez Villegas, resultado de la desgrabación de un encuentro llevado a cabo en la Casa de América de Madrid, en setiembre de 2004. ¿Por

qué mencionar estos libros entre tantos otros? Porque plantean una nueva dificultad de orden metodológico: buena parte de la bibliografía se compone o bien de testimonios de editores, o bien de homenajes a editores; o sea que: o caemos en la subjetividad de la primera persona, o en el tono apologético de quienes, muchas veces seguidores o discípulos, los admiran. Los editores, se sabe, no son investigadores, y los datos que ponen en circulación no resultan muy confiables; por dar sólo un ejemplo al paso, Jorge Herralde, el muy conocido editor de Anagrama, evocó a la figura de Paco Porrúa y su labor en Sudamericana afirmando que allí “publicó, entre otros, a Borges y Rulfo, Faulkner y Hemingway” (2009, 139). Borges, todos lo sabemos, fue durante casi toda su vida, un autor de Emecé, no de Sudamericana. Por otra parte, editoriales y editores son dos objetos de estudio muy diferentes; debería pensarse en algo así como un gráfico de doble entrada en el que, por un lado, se trace la evolución de una editorial, con las sucesivas figuras de editores, directores o asesores que encarnan esa evolución; y, por otro, el itinerario más o menos nómada de esos editores, como Jaime Salinas, Mario Lacruz o Javier Pradera, por diferentes empresas editoriales. ¿Hasta qué punto la presencia de un editor marca la política editorial de esa empresa, o hasta qué punto es la empresa la que marca las decisiones editoriales de ese editor? Estos problemas, y otros, procuraba deslindar por entonces.

Después del Congreso al que hice referencia, en ese verano de 2009, me decidí a saldar una vieja deuda: la lectura de las 1800 páginas del epistolario de Julio Cortázar; las *Cartas*, editadas por Aurora Bernárdez en tres tomos para Alfaguara en 2000. Los epistolarios de escritores y editores suelen ser fuentes insoslayables cuando se trata de estudiar el libro, las políticas de edición y temas conexos, como la relación autor-editor, características de los contratos y niveles de venta, repercusión de los libros publicados, etc. En este sentido, pensé que aquel epistolario resultaba de enorme interés para diseñar el corpus a partir de un “estudio de caso”, el de un escritor que tempranamente apuesta a borrar fronteras en los proyectos de edición de sus libros, un escritor argentino al que lo edita Sudamericana, pero también Siglo XXI en México, Gallimard en Francia, Alianza y Alfaguara en España, Einaudi en Italia, Suhrkamp en Alemania, Pantheon Books en los Estados Unidos. Esto es: uno de los protagonistas decisivos del *boom*, lo que quiere decir: uno de los protagonistas del momento más notable de internacionalización de la literatura de América latina en el siglo XX. En aquel trabajo, “Cortázar y sus editores” (2009), el celebrado autor fue la excusa para pensar por un lado, un mercado que se había ampliado y diversificado; por otro, el impacto de una literatura que se había constituido en el mascarón de proa de esa ampliación.

Ahora llegó el momento de pedir disculpas por el carácter autorreferencial de esta introducción, pero creo que se trata de la crónica de un itinerario necesaria para desembocar en una nueva dimensión del objeto de estudio: si quería completar un panorama más abarcador de la edición de literatura en nuestra lengua, debía ocuparme, ahora, de las redes editoriales en América latina. Las notas que siguen procuran sintetizar una suerte de estado de la cuestión surgido de las primeras aproximaciones al tema.

En un artículo publicado en 1998, Susana Zanetti advertía sobre las dificultades que deben enfrentarse para constituir un canon latinoamericano. El ámbito continental carece de las normas reguladoras que tienen los Estados, de manera que la lucha por la constitución de un canon generalmente no excede los límites de la nación, de donde lo que llamamos canon latinoamericano muchas veces es sólo el resultado de una sumatoria de cánones nacionales. No existe, según Zanetti, ni una academia supranacional ni una labor crítica sostenida en el tiempo que pueda lograr estabilizar un canon para el continente. En este sentido, para constituir un canon, y para consolidarlo, nada es más necesario que una biblioteca. La Biblioteca Americana del Fondo de Cultura Económica, que dirigió Pedro Henríquez Ureña, y la Biblioteca Ayacucho, que diseñó y dirigió hasta su muerte Ángel Rama, son las célebres excepciones que, en el campo de los proyectos editoriales, Zanetti rescata; colecciones a las que podría agregarse Tierra Firme, dirigida por Daniel Cosío Villegas a partir de 1944. De cualquier modo, es fácil advertir que en la historia del libro y de la edición se registra algo similar a lo que ocurre en las historias de la literatura: así como debimos limitar el objeto de estudio en nuestro libro de 2006 al caso argentino, en otros países se han llevado a cabo estudios que focalizan su interés también en el ámbito nacional, tal el caso, por ejemplo, de la *Historia del libro en Chile (Alma y Cuerpo)*, de Bernardo Subercaseaux, de 2000. Era casi imposible, por lo complejo, brindar panoramas continentales sobre el tema del libro y la edición, tal como el que bosqueja, con notable erudición, Gregorio Weinberg en *El libro en la cultura latinoamericana* (2006). Uno de los últimos intentos es la compilación que editó Juan Gustavo Cobo Borda para el CERLALC, en 2000, *Historia de las empresas editoriales de América Latina*; basta leer su índice para confirmar nuestro diagnóstico: cada capítulo se dedica a un país y está escrito por un especialista en ese país, de donde el panorama continental, una vez más, deviene una sumatoria de panoramas nacionales.

Sin embargo, a medida que uno va rastreando estas historias nacionales del libro y la edición resulta evidente que todas se encuentran atravesadas por una realidad continental de editores migrantes, intelectuales y escritores nómades, dictaduras que alejan a sus mejores hombres quienes, a la vez, *contaminan* los países hermanos. Como decíamos al comienzo, a veces la biografía intelectual de un gran editor es una magnífica excusa metodológica

para dar cuenta de un mapa de redes y relaciones mucho más abierto de lo que en principio se creía. Me refiero, por ejemplo, al trabajo de Gustavo Sorá (2010) sobre Daniel Cosío Villegas, Arnaldo Orfila Reynal y el FCE. Sorá procura demostrar que las utopías americanistas encontraron en la colección Tierra Firme del Fondo su cauce de difusión y un espacio de unificación simbólica. Si los primeros títulos editados por el Fondo eran mayoritariamente traducciones provenientes del campo de la economía, la política y las ciencias sociales, con Tierra Firme Cosío consolida un género a medio camino entre la historia, el ensayo y la literatura que será, con el tiempo, fácilmente identificable con un formato de reflexión latinoamericanista. En una carta de diciembre de 1941, Cosío sostiene “que los libros deben ser escritos en un lenguaje llano, y en un estilo literario tan atractivo como sea posible, sin aparato documental o erudito alguno y el autor debe ponerse en el lugar de reconocer que sus lectores ignoran antecedentes o consecuentes de lo que él habla”; y agrega más adelante: “Ya sabe usted que la empresa, más que de una importancia comercial, lo es moral” (*apud* Sorá, 2010, 555). Cuando en 1948 se hace cargo de la dirección del Fondo, Orfila Reynal reforzará el proyecto de Cosío acentuando el carácter más masivo de las colecciones que lanza, como Breviarios y la Colección Popular. Pero lo más interesante del trabajo de Sorá es haber rastreado la figura de Norberto Frontini (y su correspondencia con Cosío), un abogado argentino que fue el “delegado apostólico” del FCE en América latina, y tuvo a su cargo organizar las redes intelectuales que debían armarse para diseñar su política de publicaciones. Los contactos de Frontini en los primeros años de los cuarenta (Clotilde Luisi de Podestá en Uruguay, Amanda Labarca en Chile, Astrogildo Pereira en Brasil) consolidaron la colección Tierra Firme, pero también fueron la génesis de las sedes que el Fondo fue creando en América latina y en España. En 1945 se crea la sede argentina del Fondo, la que estará a cargo, durante tres años, de Orfila Reynal. Orfila era graduado de la Universidad Nacional de La Plata y había estado a cargo, en esa ciudad, de la Universidad Popular Alejandro Korn. Participó, como dirigente estudiantil, del ya mítico congreso internacional de estudiantes que se llevó a cabo en México en 1921, y allí conoció a Cosío Villegas y a Henríquez Ureña; para muchos, en aquel congreso y en ese grupo estuvo el germen del Fondo y de notables proyectos editoriales de nuestro continente. Cuando Cosío decide pedir licencia al frente del Fondo, en 1948, Orfila se hace cargo como director de la casa matriz. El resto de la historia es conocida: desempeña el cargo durante diecisiete años, elaborando y produciendo uno de los catálogos más notables de nuestra lengua. En 1965, la publicación de un libro irritó a la administración de Díaz Ordaz y a Salvador Azuela, quienes deciden echar a Orfila de la editorial. Poco después, y habiendo recibido la solidaridad de artistas e intelectuales de todo el mundo, el editor argentino estaba fundando

Siglo XXI, otro de los sellos insoslayables a la hora de evaluar la historia del libro en América latina. Respecto de la actitud solidaria de escritores, sólo una referencia, a manera de ejemplo. Siendo director del Fondo en México, Orfila le pide a Cortázar un libro para la colección Breviarios que el escritor argentino, por fidelidad a Sudamericana, nunca le envía. Pero cuando Cortázar se entera de que el gobierno mexicano lo había expulsado del Fondo, y de que Orfila había fundado una nueva editorial, se siente en la obligación moral de saldar aquella deuda: así nace el proyecto, que Cortázar comparte con el dibujante Julio Silva, que dará lugar a los dos libros que edita Orfila en Siglo XXI: *La vuelta al día en 80 mundos* (1967) y *Último round* (1969). Jorge Herralde solía decir en broma que en sus inicios editoriales “había tenido dos obstáculos de cuidado: Franco y su censura, y Orfila y su Siglo XXI” (2009, 92). Se refería, claro está, a un brillante catálogo que parecía acaparar todas las novedades del vigoroso proceso de modernización teórica en el campo de las ciencias sociales. Es bien sabido que en 1958 se fundó la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA). La iniciativa fue del Rector de la Universidad, Risieri Frondizi; y Boris Spivacow, el gerente designado, fue quien comandó la empresa durante casi diez años. Lo que es menos sabido es que Risieri Frondizi le encargó el proyecto de creación de la editorial a Orfila Reynal; un dato más que termina de consolidar una figura absolutamente central en la historia del libro y la edición en América latina.

Pero volvamos, por un momento, a Argentina. No voy a reseñar aquí los valiosos y muy conocidos aportes al mundo del libro y de la literatura de las editoriales fundadas, entre el ‘37 y el ‘39, por españoles exiliados; me refiero, entre otras, a Losada, Sudamericana y Emecé, sellos que lideraron el mercado de literatura en nuestra lengua y de literatura traducida a lo largo de casi cuarenta años. Me interesa sí adelantar algunas precisiones con relación a debates que se han planteado sobre el tema de la constitución de un mercado latinoamericano del libro.

En primer lugar, los editores españoles que arriban a fines de los treinta no fueron, en sentido estricto, “pioneros” tal como suele considerarse, por ejemplo, a Jesús Menéndez o a Pedro García, el fundador de El Ateneo. Casi todos contaron con importantes niveles de inversión —en especial, Emecé y Sudamericana—, fruto de una coyuntura económica muy favorable, y era favorable no sólo porque ya existía en Argentina un mercado creciente de público lector, sino porque, ante la debacle de la industria en España, las editoriales locales pudieron iniciar una agresiva política de expansión hacia el mercado externo. Además, aunque la bibliografía existente no afirme, en rigor, que se trataba de hombres de escasa fortuna, a menudo parece sugerírsele en las apologías biográficas de los editores españoles. Sin embargo, el hijo de Manuel Olarra, el gerente de Espasa-Calpe, afirma que a su padre le gustaba, antes de radicarse en Argentina, visitar las sucursales de la empresa

en América “en lujosos transatlánticos”; y Antonio López Llausás no llega aquí a probar fortuna, sino ya contratado para ser gerente de Sudamericana.

En segundo lugar, las editoriales mencionadas no se fundan sobre una *tabula rasa*. Ha quedado demostrado que, por un lado, la ampliación del público lector se había producido durante un proceso de largo plazo que abarca las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, y esa labor la habían llevado a cabo, entre otros, españoles como Antonio Zamora en Claridad y Juan Torrendell en Tor; por otro, casas editoriales españolas ya hacía años que tenían actividad comercial en el país y, como lo han demostrado Ana Martínez Rus (2001) y Fabio Esposito (2010), el intercambio comercial previo al ‘36 era intenso y creciente. En todo caso, podría afirmarse que las nuevas editoriales potencian, mediante la ampliación de los catálogos y criterios más modernos de comercialización, un proceso de captación de mercados que se había iniciado mucho antes; si estas políticas en buena medida parecen beneficiar a autores extranjeros en desmedro de la literatura argentina, también es cierto que el desarrollo de la industria posibilitará su incorporación progresiva a los catálogos a partir de los cincuenta. Por otra parte, también la edición de literatura traducida es un proceso de largo plazo, en el que suele indicarse, como hito inicial, la Biblioteca de *La Nación*, durante las primeras dos décadas del siglo y, más adelante, y según lo ha demostrado Patricia Willson (2006), las ediciones de Claridad y de Tor.

En tercer lugar, un pequeño capítulo del libro de Leandro de Sagastizábal se titula “Buenos Aires: meca de republicanos exiliados” (1995, 77), y es casi un lugar común asociar al exilio republicano al nacimiento de las editoriales referidas. Sin embargo, Gonzalo Losada no era un exiliado político, ya que estaba en el país desde el ‘28; y Olarra y López Llausás no fueron, en rigor, exiliados del franquismo, sino que huyeron ante los excesos cometidos por los “rojos” de las comisiones obreras durante la Segunda República. Estas observaciones pretenden fidelidad con los hechos y no obstan, claro está, para valorar en su justo término el aporte de cientos de intelectuales y artistas republicanos exiliados en nuestro país.

En cuarto lugar, la llamada “época de oro” de la industria editorial argentina, correspondiente al período que nos ocupa, parece no tener una relación directa con la expansión del público lector. Toda vez que se refiere a este fenómeno, la crítica parece detenerse en los años veinte y en los sesenta —en los que se asiste al exitoso lanzamiento de Eudeba en el ‘58 y del Centro Editor de América Latina en el ‘67, al *boom* del libro argentino (según un conocido título del semanario *Primera Plana*) y al *boom* de la novela latinoamericana—, como si hubiera existido un *momento de gloria* para la industria editorial que no reconociera un equivalente *momento de gloria* cuando nos referimos a su impacto cultural.

Ahora bien, los fundadores mismos de un espacio para el libro propiamente latinoamericano sabían que ese lugar debía ser ganado ante las pretensiones hegemónicas de España. En 1949, Cosío Villegas publica, en *Cuadernos Americanos*, un artículo con un título que es en sí una consigna de lucha: “España contra América en la industria editorial”. Allí afirma:

La guerra civil hizo emigrar a América a algunos intelectuales españoles que encontraron pronto acomodo como valiosos colaboradores de las nuevas editoriales hispanoamericanas; emigraron a América, asimismo, algunos trabajadores gráficos pero, sobre todo, elementos directivos de la industria editorial española que se pusieron al frente de editoriales americanas. Contra estos hechos, de cuya gran significación no es posible dudar, están otros en los que poca o ninguna influencia pudo haber tenido la guerra civil española. Ni en la Argentina misma, en donde las empresas editoriales proliferaron de modo desconcertante, se dio el caso de un solo taller de imprenta fundado por los exiliados políticos españoles; lo mismo, exactamente, ocurrió en Chile y en México. Esto quiere decir que toda la industria de artes gráficas en que se apoyó la nueva industria editorial latinoamericana existía íntegra antes y que los nuevos talleres que se fundaron (varios en la Argentina, y no más de tres en México) son de nacionales latinoamericanos. (*apud* Larraz, 2010, 114)

Como se ve, el latinoamericanismo ideológico de los promotores del Fondo esgrimía argumentos de peso para discutir la hegemonía de España; claro está, en 1949, en el período más bajo de producción de libros en la península. Y la posición de Cosío tuvo, por cierto su equivalente en las decisiones políticas y comerciales que fueron tomando desde el FCE. Como ya hemos referido, habían abierto una sede en Buenos Aires en 1945; y siguieron: en Santiago de Chile en 1954, en Madrid en 1963 (con la lúcida dirección de Javier Pradera), en Caracas en 1974, en Lima en 1975. Y la perspectiva latinoamericana nos permite ver un hecho curioso: en los mismos años en que Cosío publicaba su belicoso comentario, Sudamericana, acaso temerosa respecto de las políticas que estaba implementando el peronismo, abre una filial en México que llama Hermes y otra, en 1949 en Barcelona, Edhasa. O sea: el Fondo se expande hacia el sur, mientras Sudamericana lo hace hacia el norte. Y aquí es necesario apuntar que antes incluso, entre 1938 y 1942, la editorial Ercilla de Chile había abierto sucursales en cinco países americanos: Argentina, Cuba, Colombia, México y Uruguay.

Como se ha hecho con idéntico período en Argentina, Bernardo Subercaseaux llama “época de oro” a la actividad editorial chilena entre el treinta y el cincuenta. A diferencia de lo ocurrido en Argentina y en México, el argumento de Cosío Villegas parece adecuarse mejor a la evolución editorial chilena, en la que la consolidación de las empresas más importantes es anterior a

la guerra civil de España y la llegada de exiliados tiene un impacto menor en el mundo del libro. La editorial Zig-Zag se funda en 1905 y su principal referente será Guillermo Helfmann, un inmigrante alemán que había sido administrador de *El Mercurio*, y Ercilla se funda en 1928; ambas son los vértices más visibles de aquel período floreciente. Por su parte, Castillo García ha afirmado que “Chile no supo o no pudo aprovechar la llegada de los españoles al país” (2000, 197). En este sentido, suelen mencionarse a Joaquín Almeyda, quien llegara a Valparaíso en el legendario buque Winnipeg en 1939, y fuera creador de la librería y editorial Orbe, y a los hermanos Soria, de la editorial Cruz del Sur, un sello pequeño que tuvo el privilegio de dar a conocer la primera edición de *Altazor*, de Vicente Huidobro. Pero más allá del impulso de las empresas editoriales nacionales, una vez más es necesaria una mirada ampliada, continental, para advertir, en las redes creadas por el nomadismo político, una de las causas de la bonanza editorial chilena, que en gran parte se justifica en el lugar propicio que resultó Santiago para refugiados peruanos y venezolanos. Afirma Subercasaux:

En la editorial Ercilla, por ejemplo, tuvieron una participación destacada los peruanos Luis Alberto Sánchez, Ciro Alegría [Ercilla publica, en el '41, la primera edición de *El mundo es ancho y ajeno*], Juan José Lora, Manuel Seoane, Luis López Aliaga, Bernardo García Oquendo y Pedro Muñiz, todos ellos vinculados al APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) y perseguidos por los regímenes de Augusto Leguía (1919-1930), de Luis Miguel Sánchez Cerro (1930-1933), del General Oscar Benavides (1933-1939) y del General Odría (1948-1956). Hubo también un grupo de venezolanos que se avecindaron en el país, expatriados por la dictadura de Juan Vicente Gómez (1922-1935), ese ‘duro y tosco pastor favorecido por el petróleo’. Fueron años en que vivieron o estuvieron temporalmente en el país, según palabras de Luis Alberto Sánchez, una verdadera cofradía de intelectuales y políticos latinoamericanos, algunos por períodos muy cortos y otros durante muchos años. Entre ellos el venezolano Rómulo Betancourt, el colombiano Alfonso López Michelsen, el ecuatoriano Alfredo Pareja Diez-Canseco; los argentinos Natalio Botana y Alberto Ghirardo, y los bolivianos Hernán Siles Suazo y Víctor Paz Estenssoro. (2010, 571)

A los que se suma la destacada labor editorial de Mariano Picón Salas. Son los veinte años, podemos agregar, del rectorado de Juvenal Hernández en la Universidad de Chile (1933-1953). Esta notable coyuntura intelectual que se dio en Santiago de Chile entre los treinta y los cuarenta, como otras que se pueden detectar en Nuestra América, parece confirmar los supuestos metodológicos con los que trabajamos: es necesario superponer variables de análisis cualitativas a las cuantitativas; son ellas las que pueden explicar el

florecimiento intelectual y editorial de Chile en el período, mucho más que el mero diagnóstico de una coyuntura económica favorable.

Benito Milla fue un alicantino de Villena, nacido en el '18, que abrazó en su juventud la causa libertaria. Participa activamente de la guerra civil, logra salir de España hacia Francia y vive internado en campos de refugiados. Después de la liberación, viaja al Río de la Plata en 1949. Se radica en Buenos Aires, de donde tiene que huir por sus actividades anarquistas y antiperonistas, y luego, a partir del '51, en Montevideo. Alejandra Torres (2012, 95 y ss.), colega de la Universidad de la República, ha documentado su trayectoria en el Uruguay. A poco de llegar, monta un puesto callejero en la Plaza Libertad y a fines de los cincuenta, cuando Milla había logrado su primera clientela, abre una librería en la calle Ciudadela; allí se inicia lo que él denominó "la pequeña aventura editorial". En 1958, edita un manual de enfermería, el primer título con el sello Alfa. Sin embargo, antes aun de esa "aventura", Milla fue lo que podríamos llamar un entusiasta animador cultural y político: editó las revistas *Deslinde*, *Número* y *Temas*. La editorial Alfa ordenó su catálogo en nueve colecciones. En la colección Estuario se publican, en 1959, la obra de un clásico oriental, como *Ismael*, de Eduardo Acevedo Díaz, junto con *Montevideanos*, de un entonces poco conocido Mario Benedetti. La colección más destacada y extensa fue Carabela, que abarca noventa y cuatro títulos; su nombre puede derivar de la voluntad de Milla de abrir un cauce cultural con el exilio español: en este sentido, su primer título es *La llave*, una novela de Ramón J. Sender, quien, como Milla, emigró a Francia, y luego recaló en México. En Alfa comenzó su actividad editorial Ángel Rama; en 1960, dirigía la colección "Letras de Hoy", allí trabajó dos años junto a Milla. En esa colección se publicaron en total diez libros de autores nacionales: dos de ellos, Juan Carlos Onetti y Felisberto Hernández, clásicos contemporáneos del Uruguay, son relanzados en ediciones de mayor llegada al público. A partir de esta instancia de conocimiento del funcionamiento editorial, así como también desde su tarea como prologuista, Rama sentará las bases de la Editorial Arca, la otra editorial montevideana emblemática de aquella época, que surge poco tiempo después, a comienzos de 1962. Durante esos años, y hasta el '68, Rama dirige, además, la Sección Literaria de *Marcha*. Alfa y Arca, entonces, marcaron el ritmo del mercado del libro de literatura en Uruguay, dieron respuesta a la avidez de una clase media en ascenso, actualizaron sus catálogos con las nuevas tendencias en literatura y crearon las condiciones de posibilidad para el surgimiento y consolidación de una generación de jóvenes como Eduardo Galeano, Juan Carlos Legido, Mario César Fernández y Cristina Peri Rossi. Alejandra Torres (2012, 117) afirma que 1967 y 1968 fueron los años de mayor actividad de ambas editoriales; prueba de ello es que en el '67 Arca lanza Bolsilibros y Alfa Libros Populares, casi en forma simultánea, con formato más pequeño y papel de baja calidad.

En 1966, ante el enrarecimiento de la política uruguaya, Milla fundó, con Héctor A. Murena, la Editorial Alfa Argentina, y ese mismo año emigra a Venezuela. A través del Dr. Simón Alberto Consalvi, fue contratado por el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (INCIBA) y se trasladó a Caracas para dirigir, junto con Consalvi, Juan Liscano y Rodríguez Monegal, entre otros, la Editorial Monte Ávila, empresa estatal fundada por el gobierno de Acción Democrática en 1968, dejando a su hijo Leonardo Milla al frente de la dirección de Alfa Uruguay y Argentina. Cabe recordar que Monte Ávila, después de Sur y antes que los españoles, editó a Walter Benjamin en 1970 y, probablemente por intermediación de Rodríguez Monegal, dio a conocer en 1973 la primera traducción al español de *La angustia de las influencias* de Harold Bloom. En 1970 Milla se separó de Monte Ávila tras una fuerte polémica y por discrepancias con la política editorial marcada por el nuevo gobierno, que consideraba inadecuado su programa de publicación de autores extranjeros. Fundó entonces en 1971, con Miguel Otero Silva y también en Caracas, la editorial Tiempo Nuevo. En 1974 regresó a Monte Ávila como director general, pero, ante el inminente cambio político tras la muerte del dictador, en 1979 decidió regresar a España para dirigir, a partir de 1980, la Editorial Laia de Barcelona. No es un dato menor que para 1974 también estaba Ángel Rama en Caracas, dirigiendo la Biblioteca Ayacucho; una vez más, las égidas provocadas por las dictaduras generaron, como los españoles exiliados en México y Argentina, como los intelectuales peruanos en el Chile de los cuarenta, como los uruguayos en la Venezuela de los primeros setenta, lugares de acogida en donde se rehabilitan los debates nacionales pero fuera de las fronteras.

Vuelvo a una de mis preguntas iniciales: ¿hasta qué punto la presencia de un editor marca la política editorial de una empresa, o hasta qué punto es la empresa la que marca las decisiones editoriales de ese editor? Si en nuestros días la respuesta a esta pregunta parece ser la segunda, esto es, que cada vez más los editores deben adaptarse a las políticas comerciales de las empresas, hablar de Arnaldo Orfila Reynal o de Benito Milla significa adentrarse en una lógica del mercado muy diferente, en la que el proyecto cultural e ideológico y aun la iniciativa personal marcaron el destino de las empresas, y en la que el carácter nómada de esas trayectorias enlaza realidades distintas y habilita la perspectiva latinoamericanista. Quiero decir que la biografía de Orfila me permite enlazar no sólo México y Argentina sino también las redes que el Fondo, y después Siglo XXI, tejieron en todo el mercado en lengua española; mientras que la de Milla enlaza Uruguay con Venezuela. Grandes hombres del libro que resultaron, a la vez, promotores y anfitriones de movimientos intelectuales y políticos, que posibilitaron la apertura del conocimiento y la actualización teórica, que otorgaron un lugar prioritario al pensamiento progresista y latinoamericanista, y que dieron cabida a las

vanguardias artísticas y publicaron a aquellos escritores que todos hemos admirado y disfrutado.

Pero estábamos en Venezuela. Si nos atenemos al estudio de Rafael Arráiz Lucca (2000), concluimos en que Monte Ávila y la Biblioteca Ayacucho han ocupado y ocupan un lugar central en la producción de libros de literatura en el campo editorial venezolano. Es probable que el análisis del historiador, que ha sido Presidente de Monte Ávila del '89 al '94, pueda estar teñido de subjetividad; aun así, es evidente que se trata de uno de los países de América latina en los que el Estado ha tenido una mayor presencia en el mercado editorial. El Estado mexicano ha tenido y tiene una presencia fuerte, pero más focalizada hacia la producción de libros de texto; Chile ha tenido una editorial del Estado, Quimantú, muy activa y vigorosa en el campo de la literatura, pero de corta duración, ya que fue desmantelada por el golpe militar del '73. En Venezuela, en cambio, Monte Ávila es una editorial del Estado, que nace con la intención de publicar a autores venezolanos (de hecho, en su primer catálogo, ocupan el 40% del mismo) y, más allá de los avatares políticos que la han sacudido, con una notable persistencia en el tiempo. En su trabajo sobre la industria editorial en Colombia, Cobo Borda señala el contraste del que venimos hablando: “De alguna forma, Estado y empresa han complementado una tarea que infortunadamente en el caso colombiano no han logrado configurar editoriales tan relevantes, en tal sentido, como lo son el Fondo de Cultura Económica en México, la Editorial Universitaria de Buenos Aires, Eudeba en Argentina, o Monte Ávila Editores en Venezuela” (2000, 178). No es éste el lugar para trazar cuadros comparativos entre historias del libro divergentes; sólo anotar que el lamento de Cobo Borda con relación al papel del Estado en la industria del libro en Colombia se podría invertir en el caso de Venezuela; esto es, lamentarse porque el papel preponderante del Estado no ha dejado surgir emporios privados de la magnitud del grupo Carvajal, nacido en Cali en 1905, y constituido en una de las empresas multinacionales más importantes de Colombia. Todos sabemos que el debate sobre el rol del Estado en los intercambios comerciales forma parte de las agendas cíclicas de nuestro continente. Sabemos también que ese debate, por supuesto, no se limita al mercado de libros. Más allá de los argumentos que puedan apoyar o combatir una mayor presencia del Estado en la promoción y aun en la producción de determinadas políticas editoriales, resulta un dato muy relevante para los historiadores del libro conocer, en cada caso, y en coyunturas específicas, cómo se resuelve el equilibrio comercial—y simbólico, podríamos decir—entre empresas y Estado, y advertir, en nuestra propia historia, que ese equilibrio se resuelve de muy diferente manera, por ejemplo, en Colombia y en Chile que en Venezuela y en México.

Quizás México resulte uno de los casos emblemáticos en los que han convivido una fuerte presencia del Estado, al menos desde la tradición ini-

ciada por Vasconcelos en 1925, y una vigorosa iniciativa independiente de élites intelectuales y artísticas que diseñaron proyectos editoriales y se comprometieron con ellos. En un primer momento, entre los cuarenta y los cincuenta, el Fondo de Cultura Económica, por su peso específico, y por el respaldo económico estatal, hegemonizó, o al menos ocupó un lugar central en la promoción y divulgación de las letras latinoamericanas y, en especial, mexicanas: allí empezaron su carrera o alcanzaron la consagración Octavio Paz, Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco, Juan Rulfo, Rosario Castellanos, Juan José Arreola y tantos otros. Resulta significativo, en este sentido, que Eduardo Mejía (2000, 219), al referirse a los tres más importantes proyectos editoriales de los sesenta, titule “Los derivados del FCE”, como si de esa matriz hubiera surgido la renovación que a partir de entonces encontró nuevos cauces. Pero en realidad se trataba de una doble matriz. Porque si bien el Fondo, desde el ‘34, se había convertido en la vanguardia editorial del país, a partir de la guerra civil española se abre y consolida una segunda matriz que impacta decisivamente en tres direcciones: 1) en la creación de nuevas editoriales “del exilio español”, como Séneca, dirigida por José Bergamín; 2) en el propio Fondo, al que enriquecen los intelectuales exiliados que se suman al proyecto (Vicente Polo, José Gaos, Wenceslao Roces, Joaquín Díez-Canedo, entre otros); 3) a mediano plazo, en la creación de editoriales, hacia los sesenta, que pueden considerarse de exiliados de segunda generación. Una de ellas, de esta tercera dirección, es ERA. El artista plástico Vicente Rojo trabajaba en la Imprenta Madero, propiedad de Don Tomás Espresate, un exiliado catalán que había llegado a México en el ‘42, y le comenta el proyecto de fundar una editorial. Rojo postula a su amigo José Azorín y el imprentero sugiere el nombre de su hija, Neus. ERA, por tanto, nace como el acrónimo de sus promotores: Espresate, Rojo y Azorín. Afirma Valeria Añón (2012, 18), quien ha reseñado los inicios de la empresa: “ERA publicó su primer libro, *La batalla de Cuba* de Fernando Benítez –el primero, además, sobre la revolución y los cambios posteriores ocurridos en la isla– en 1960. Esa elección de un ensayo vinculado con una perspectiva de izquierda, de un autor joven y polémico, como sus editores, fue el gesto inaugural que gestó –valga la redundancia– una imagen de editorial vinculada con lo político y con el pensamiento contemporáneo. A partir de allí se fue construyendo un importante catálogo de cerca de mil títulos, manejado hasta hace muy poco (dos años aproximadamente) por una de sus fundadoras, Neus”. En un catálogo dominado por el ensayo político, Añón destaca “la enorme impronta de la crónica y su modulación testimonial: ERA ha publicado libros fundamentales como *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska y las crónicas sobre el ‘68 y sobre el terremoto del ‘85 de Carlos Monsiváis” (2012, 20). La escritora mexicana cuenta la siguiente anécdota, reveladora del espíritu de la empresa: “A finales de 1968, Neus vino a comer a la casa.

‘¿Qué tienes ahí sobre tu escritorio?’, preguntó. ‘Todos los artículos sobre la masacre de Tlatelolco que los periódicos no han querido publicar’. ‘Yo te lo publico’, respondió. Así Neus fue dando a conocer lo que las editoriales oficiales y casi todas las privadas todavía hoy rechazan. Neus habló de los movimientos sociales que los periódicos de entonces jamás reseñaban, del nuevo colonialismo y del daño que hacen las transnacionales. También apoyó al fidelismo de Fidel Castro y le dio un énfasis enorme a las ciencias sociales. En pocas palabras, creó una editorial crítica, de vanguardia” (Elena Poniatowska, “Doctorado *honoris causa* de la UAM a Neus Espresate”, *La Jornada*, 8 de marzo de 2011).

Hace unos minutos, me referí a los tres más importantes proyectos editoriales de los sesenta en México, aquellos “derivados del FCE”, en palabras de Mejía. Uno es ERA; otro, Siglo XXI, aquella editorial ejemplar que Orfila Reynal creó a mediados de los sesenta, cuando lo despiden del Fondo; el tercero es Joaquín Mortiz, editorial identificada con su fundador y promotor, Joaquín Díez-Canedo. En oportunidad de participar de un Congreso en La Plata, su hija Aurora reseñó la trayectoria de su padre. Nacido en Madrid, a Joaquín lo sorprende la guerra en Buenos Aires, ya que su padre era embajador de la República Española en Argentina. Vuelto a España, se enrola en el ejército en enero del ‘38; después de la derrota, no puede salir del país hasta agosto de 1940. Ya en México, en 1942 comienza a trabajar en el Fondo de Cultura Económica, asciende a jefe de producción y llega a ser gerente general, junto con Orfila Reynal. En el ‘51 trabaja como traductor para la UNESCO en París. Si bien la editorial se lanza formalmente en 1962, Aurora señala que Díez-Canedo ya había editado algún material *freelance* con ese sello. Según ha contado, el nombre del sello es el que utilizaba para escribirse con su madre durante el franquismo; dado que sus apellidos maternos eran Manteca Ortiz, el futuro editor firmaba sus cartas “Joaquín M. Ortiz”: de allí deriva, entonces, el nombre que identificará a la editorial. Ahora bien, tanto de la trayectoria de Díez-Canedo como de la excelencia y prestigio literario de su catálogo se ha escrito mucho, y no presumo de ninguna originalidad. Sí me interesa, en cambio, destacar, una vez más, las articulaciones de un campo que no se limita –*no podría* haberse limitado– al ámbito nacional. En una entrevista de 1999, el reconocido editor español Jaime Salinas refiere lo siguiente:

El que tenía que haber sido el primer editor español de *El tambor de hojalata* era Carlos Barral, que poco después de su publicación en Alemania firmó contrato con Steidel Verlag para los derechos de publicación en lengua castellana. Eran los años sesenta y [...] seguía en vigor la censura, que obligaba al editor a presentar en el Ministerio de Información y Turismo todo libro o manuscrito, donde era puesto en manos de los censores. [...] Seix Barral

no tardó en recibir el correspondiente oficio denegando la publicación de *El tambor de hojalata* en España. Inmediatamente Carlos Barral se lo comunicó al editor alemán proponiéndole al mismo tiempo un traspaso del contrato a la editorial mexicana Joaquín Mortiz, dirigida por el exiliado español Joaquín Díez-Canedo, con el que Barral mantenía estrechas relaciones personales y profesionales que le habían permitido publicar más de un libro que le había sido denegado por la censura. Steidel Verlag no puso inconvenientes, Joaquín Mortiz encargó su traducción a Carlos Gerhard y poco después apareció en México la primera edición en lengua española de *El tambor...* (*apud* Díez-Canedo, 2011, 4)

Se trata de mucho más que una anécdota: estamos en 1963, con la editorial recién creada, sin haberse lanzado aún el *boom*, y ya existían estas redes tan aceitadas entre Barral y algunos editores latinoamericanos.

Mucho más complicada, con más obstáculos que lo que se supone, fue la relación de Barral con Argentina durante los años del *boom*. El primer libro de Cortázar editado en España es *Ceremonias*, publicado por Seix-Barral en 1968, e incluye los relatos de *Final del juego* y *Las armas secretas*. El resto de las ediciones se conocerán entrados los setenta. ¿Por qué tan tarde en España, teniendo en cuenta la rápida difusión que estaba alcanzando en Latinoamérica y en otras lenguas? Esa misma pregunta se hacía Cortázar. En el epistolario recopilado por Aurora Bernárdez, en reiteradas ocasiones le pregunta a Porrúa, su contacto más confiable en Sudamericana, por qué no lo editan en España, y lo pone al tanto del “acoso” de Carlos Barral para que le diera algún texto para su editorial. Barral encarnaba al editor de la vanguardia literaria de aquellos años y estaba publicando, a lo largo de los sesenta, las novelas de Mario Vargas Llosa, después de que lo *captara* mediante el Premio Biblioteca Breve 1962 a *La ciudad y los perros*. Además, Barral compartía con Claude Gallimard y Giulio Einaudi (dos editores de Cortázar) la administración del Premio Formentor; era lógico que Cortázar pasara a integrar su catálogo. Sin embargo, las relaciones entre ambos nunca estuvieron exentas de malentendidos. Barral inicia su estrategia “*fishy*” (así la llama Cortázar) en 1964, e insiste durante tres años. Cortázar le contesta, una y otra vez, que se ponga en contacto con Sudamericana, pero los argentinos pretenden o bien editarlo vía Edhasa, su filial española, o bien negociar un “canje”: autorizar a Barral a editar Cortázar y que Barral autorice a Sudamericana a editar Vargas Llosa. Le escribe Cortázar a Porrúa en diciembre del ‘66: “Don Carlos [Barral] se mantuvo impenetrablemente silencioso desde lo que te conté. Por mí se puede ir al carajo, esta historia con España ya me tiene harto, pero lo malo es que continuamente me llegan pedidos desde allá, y finalmente es una lástima que por la intervención del Old Man [López Llausás] o lo que sea, haya un impasse en algo que hace ya mucho,

pero mucho, que tendría que estar hecho. Que me editen en Bratislava y no en Barcelona me parece demencial...” (Cortázar, 2000, 1096). Por su parte, Barral quería a Cortázar en su sello, pero íntimamente no lo consideraba un buen escritor, según puede verse en una curiosa anotación en sus *Diarios*: “Tras una cena fría y rápida he vuelto a la mesa, he leído de nuevo (siempre ese novelón de Cortázar) y hecho sin mucha convicción una lectura de correcciones de *Metropolitano*. Durante el día, como anoche, he garabateado algunas cuartillas, sin divertirme demasiado. Tanto ese pelma de Cortázar (no debía haber traído ese libro) como el perro, cuyas necesidades no he acabado de ubicar en mi proyecto, en mi perezosa distribución del tiempo, me han impedido esfuerzos de concentración notables” (1993, 119). Quien por esos años oficiaba como secretario del Premio Formentor, Jaime Salinas, será el referente de Cortázar para las ediciones en España, ya entrados los setenta, en la nueva Alfaguara. Estos ejemplos nos permiten inferir que si se estudia Sudamericana, por ejemplo, en el marco del campo intelectual y literario argentino (yo lo he hecho), su significación y trascendencia se limita visiblemente; si se adopta una perspectiva amplificada, en el marco de las redes comerciales e ideológicas del período (por ejemplo, sus acuerdos para publicar a los autores del *boom* con Barral, con Orfila, con Díez-Canedo), esa significación se potencia y enriquece. Así, no parece un dato menor que en un par de años, entre el ‘82 y el ‘83, el grupo Planeta haya comprado Seix-Barral y Joaquín Mortiz, buscando allí el prestigio literario que la editorial de los Lara ya había perdido.

En oportunidad de celebrarse, el año pasado y en La Plata, el Primer Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición, Don Ambrosio Fornet envió una riquísima ponencia sobre la historia del libro en Cuba. Eliana Dutra, Nelson Schapochnik y Gabriela Pellegrino Soares nos visitaron desde San Pablo y Belo Horizonte para ilustrarnos con nuevas hipótesis sobre el mercado nacional más numeroso y poco estudiado por los argentinos; claro está, con la excepción de Gustavo Sorá, nuestro colega de la Universidad de Córdoba, que publicó lúcidos trabajos sobre el mercado del libro en Brasil. Así, nuestro tema amenaza con ser infinito, pero esta conferencia, para alivio de todos ustedes, no lo será. Si el objeto hubiera variado de foco y se hubiese detenido, por ejemplo, en los escritores-editores —un objeto de mucho interés, en donde los proyectos comerciales y literarios se estrechan—, el itinerario habría sido diferente: Fernando Ortiz y José Lezama Lima en Cuba, Manuel Gálvez en Argentina, José Monteiro Lobato en Brasil, Manuel Scorza en Perú, Germán Arciniegas en Colombia, y tantos otros. No me mueve, sin embargo, un afán de exhaustividad; hemos viajado de México a Argentina, de Chile a Perú, de Uruguay a Venezuela y Colombia, hemos ido y vuelto varias veces por España, apenas hemos podido mencionar a Brasil y Cuba, y quedan aún muchos otros recorridos por explorar. En suma, y volviendo

al comienzo: ceñir el objeto de estudio a las fronteras nacionales resulta una perspectiva metodológica limitada, pero plausible; abrir o rebasar esos límites se parece en algo a la caja de Pandora. Sin embargo, a medida que uno se va adentrando en los trabajos existentes respecto de las historias del libro y la edición en los diferentes países de América latina, se advierte que el interés ha crecido y el corpus está tomando forma. Quiero decir que es posible y aun necesario comenzar a explorar la eventual realización de una historia de la edición en América latina que, como las historias literarias del continente, acepte el desafío de no limitarse a ser una sumatoria de las historias nacionales y encuentre en las redes que aquí reseñamos muy brevemente su objeto de reflexión, análisis y desarrollo.

* * *

Se me objetará que he hablado mucho del pasado y poco del presente, en el que se advierten muchos enemigos que parecen conspirar contra esta rica tradición que hemos reseñado: las novedades del mundo tecnológico, la omnipresencia del orbe audiovisual, el escandaloso proceso de concentración de empresas en oligopolios transnacionales, el libro digital, la invasión del campo editorial por parte de criterios heterónomos que pretenden del libro una rápida rentabilidad, como si vendieran salchichas o detergentes, y tantos otros. Ante esta posible objeción, no contestaré con sesudos análisis sino con un par de breves historias.

Francisco “Paco” Porrúa se desempeñó como asesor literario de Sudamericana desde mediados de los cincuenta hasta 1962; entonces fue designado director editorial, cargo que ejerció hasta su desvinculación de la empresa en el ’72. Fue el editor, en 1963, de *Rayuela*, de Julio Cortázar, y en 1967 de *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, entre muchas otras obras. Asociado con Sudamericana, creó en 1955 su propio sello, Minotauro, dedicado en especial a la ciencia ficción; su primer título es bien conocido: *Crónicas marcianas*, de Ray Bradbury, con prólogo de Borges y traducción del propio Porrúa. En 1975, agobiado por los avatares políticos del país, se radica en Barcelona y se decide a editar una obra desmesurada cuyos derechos había conseguido entre los saldos de un agente. Lo logra en 1977: publica en Minotauro la traducción española de *El señor de los anillos*, la novela que el sudafricano J.R.R. Tolkien había dado a conocer dos décadas antes. El éxito fue rotundo. Sin embargo, ya con muchos años encima –el año pasado cumplió 90–, Porrúa decidió vender, en 2001 (el mismo año en que se estrenó la primera película de la saga), su mítico sello Minotauro al Grupo Planeta.

Como Sudamericana, Emecé fue también fundada por inmigrantes españoles que huían de la guerra. Algunos años después, hacia el ’47, fue adqui-

rida por la familia Del Carril. Como es bien sabido, editó, entre muchos grandes autores, a Jorge Luis Borges y a Adolfo Bioy Casares. Cuando finalmente se vendió (también al Grupo Planeta) en el año 2000, Pedro Del Carril conservó su filial española, a la que bautizó Salamandra. Un día, una agente le ofreció a su esposa, Sigrid Kraus, una novela para jóvenes que se había publicado en 1996, escrita por una ignota narradora inglesa. Le pedían diez mil dólares por los derechos y arreglaron en siete mil. La obra era *Harry Potter y la piedra filosofal*, a la que siguieron los nuevos títulos de la serie; en ocho años habían vendido cerca de 12 millones de libros. Es de destacar que Salamandra, además de *Harry Potter* (o, podríamos decir, gracias a *Harry Potter*) tiene un estupendo catálogo que incluye al húngaro Sándor Márai y a la ucraniana Irène Némirovsky, asesinada en el campo de Auschwitz.

Hay un lugar común que indica que los buenos libros venden poco y los malos mucho. Que los editores “cultos” editan libros para minorías, pero si se quiere llegar a masas de lectores y ganar dinero hay que editar basura. Y que quienes saben lucrar con la basura son los gerentes, *CEOs* o expertos en *marketing*, que no vienen del campo cultural sino del campo de los *business*. Quise demostrar, en estas dos historias, que esto no es así, que se trata de uno de los tantos mitos de la estulticia neoliberal. Los libros no se venden como chorizos. La cultura, todavía, y afortunadamente, tiene sus propias regulaciones y sus propios mecanismos de consagración. La moraleja de estas historias deriva en un consejo para los grandes grupos editoriales: contraten a los editores que saben; no sólo pueden publicar buena literatura, sino que, además, pueden descubrir grandes éxitos de venta, como *El señor de los anillos* o la saga de Harry Potter. Y lo pueden hacer antes, y por afuera, de los grupos concentrados. Como Porrúa, un español que editó en Argentina, o Del Carril, un argentino que edita en España: otra vez las dictaduras, otra vez el nomadismo; una vez más, la necesidad de traspasar, en nuestros trabajos, las fronteras nacionales.

Una reflexión final, para concluir. Hace unos seis años, se publicaron en Argentina un puñado de novelas que coincidían en narrar historias personales o familiares desde una fuerte dimensión subjetiva; quedaba atrás una tendencia a novelar hechos de la historia reciente más o menos traumáticos y los narradores ahora parecían recluirse en tramas muy próximas a sus experiencias cotidianas. Un semanario cultural tituló en la tapa: “En la era de la intimidad” (*Revista Ñ*, 9 de febrero de 2008); es conocida la necesidad que tienen los periodistas de encontrar títulos con gancho y de habilitar agendas temáticas con cualquier invento. A los pocos días (en la *Ñ* del 1° de marzo), en una entrevista le preguntaron a Beatriz Sarlo qué opinaba sobre las novelas de la “intimidad”. Sarlo contestó que “desde el periodismo se cree que cuando aparecen tres novelas parecidas se ha inaugurado una

corriente” y que la “manía” de los editores periodísticos es “encontrar una línea nueva cada seis meses”, pero lo que más le molestaba es que hablaran de la literatura de la intimidad como si no hubiera existido Marcel Proust.

Esta historia viene a cuento porque en muchos de los debates sobre la actualidad y el futuro del libro advierto que falta esa dimensión histórica, una reflexión de tiempo largo que nos permita incorporar nuestros análisis en una temporalidad que les otorgue sentido. Cuando quiero saber qué pasará con el libro, suelo leer a Robert Darnton, a Roger Chartier, a Armando Petrucci, pero también a Pedro Henríquez Ureña, a Ángel Rama, a Gregorio Weinberg, a Susana Zanetti, a esos maestros que enriquecieron y enriquecen su análisis del presente con una notable erudición construida en el estudio del pasado. Es posible que una mirada amplia, densa y comprometida sobre la historia del libro en Nuestra América constituya la mejor herramienta para discutir las claves de un presente incierto y discontinuo, para encontrar respuestas ante un futuro del libro que a menudo nos sume en la perplejidad y el desánimo y para convencernos, aun más, de que visitar un libro sigue siendo, al menos para nosotros, algo parecido a la felicidad.

Bibliografía

- Añón, Valeria, 2012. “Ediciones Era y Joaquín Mortíz: de los comienzos al catálogo”, en *Actas del Primer Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición*, [en línea], [http://coloquiolibroyedicion.fahce.unlp.edu.ar/actas].
- Arráiz Lucca, Rafael, 2000. “Imprentas y editoriales en Venezuela en el siglo XX: mínima crónica del furor por los libros”, en Juan Gustavo Cobo Borda, ed., *Historia de las empresas editoriales de América Latina. Siglo XX*, Bogotá: Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC), pp. 253-70.
- Barral, Carlos, 1993. *Los diarios / 1957-1989*, edición a cargo de Carmen Riera. Madrid: Anaya & Mario Muchnik.
- Castillo García, Eduardo, 2000. “Reseña histórica de la industria editorial en Chile”, en Juan Gustavo Cobo Borda, ed., *Historia de las empresas editoriales de América Latina. Siglo XX*, Bogotá: Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC), pp. 189-206.
- Cobo Borda, Juan Gustavo, ed., 2000. *Historia de las empresas editoriales de América Latina. Siglo XX*. Bogotá: Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC).
- Cortázar, Julio, 2000. *Cartas (1937-1983)*, edición en tres tomos a cargo de Aurora Bernárdez. Buenos Aires: Alfaguara.
- de Diego, José Luis, dir., 2006. *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2000)*. Buenos Aires-México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- de Diego, José Luis, 2009. “Cortázar y sus editores”, *Orbis Tertius* N° 15. La Plata: Centro de Teoría y Crítica Literaria, Universidad Nacional de La Plata, [en línea], [http://www.orbistertius.unlp.edu.ar/numeros/numero-15/02.%20de%20Diego.pdf].
- de Diego, José Luis, 2010. “Notas sobre la edición de literatura en la España democrática”, en Raquel Macciuci, ed., *La Plata lee a España. Literatura, cultura, memoria*, La Plata: Ediciones del lado de acá, pp. 67-79.

- de Sagastizábal, Leandro, 1995. *La edición de libros en la Argentina. Una empresa de cultura*. Buenos Aires: Eudeba.
- Díez-Canedo, Aurora, 2011. "Joaquín Mortiz: un canon para la literatura mexicana del siglo XX", en *Actas del II Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas "Diálogos transatlánticos"*, [en línea], [<http://congresoespanyola.fahce.unlp.edu.ar/ii-congreso-2011/actas-ii-2011/volumen-ic/Ic32DiezCanedo.pdf/view>].
- Esposito, Fabio, 2010. "Los editores españoles en la Argentina: redes comerciales, políticas y culturales entre España y la Argentina (1892-1938)", en Carlos Altamirano, dir., *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, Buenos Aires: Katz Editores, pp. 515-36.
- Herralde, Jorge, 2009. *El optimismo de la voluntad. Experiencias editoriales en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lago Carballo, Antonio y Nicanor Gómez Villegas, eds., 2007. *Un viaje de ida y vuelta. La edición española e iberoamericana (1936-1975)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica / Siruela.
- Larraz, Fernando, 2010. *Una historia transatlántica del libro. Relaciones editoriales entre España y América latina (1936-1950)*. Gijón: Trea.
- Martínez Rus, Ana, 2001. "El comercio de libros: los mercados americanos", en Jesús A. Martínez Martín, ed., *Historia de la edición en España 1836-1936*, Madrid: Marcial Pons, pp. 269-305.
- Mejía, Eduardo, 2000. "La industria editorial en México, obra de personas más que de instituciones", en Juan Gustavo Cobo Borda, ed., *Historia de las empresas editoriales de América Latina. Siglo XX*, Bogotá: Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC), pp. 207-38.
- Moret, Xavier, 2002. *Tiempo de editores. Historia de la edición en España, 1939-1975*. Barcelona: Destino.
- Rodríguez Monegal, Emir, 1966. "Prólogo" de *Literatura uruguaya del medio siglo*. Montevideo: Editorial Alfa.
- Sorá, Gustavo, 2010. "Misión de la edición para una cultura en crisis. El Fondo de Cultura Económica y el americanismo en Tierra Firme", en Carlos Altamirano, dir., *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, Buenos Aires: Katz Editores, pp. 537-66.
- Subercaseaux, Bernardo, 2008. "Editoriales y círculos intelectuales en Chile (1930-1950)", en Carlos Altamirano, dir., *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, Buenos Aires: Katz Editores, pp. 567-80.
- Torres Torres, Alejandra, 2012. *Lectura y sociedad en los sesenta: a propósito de Alfa y Arca*. Montevideo: Yaugurú.
- Varios Autores, 2006. *Conversaciones con editores en primera persona*. Madrid: Fundación Sánchez Ruipérez.
- Vila-Sanjuán, Sergio, 2003. *Pasando página. Autores y editores en la España democrática*. Barcelona: Destino.
- Weinberg, Gregorio, 2006. *El libro en la cultura latinoamericana*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Willson, Patricia, 2006. "Traducción entre siglos: un proyecto nacional", en Alfredo Rubione, dir., *Las crisis de las formas*. Tomo 5 de Jitrik, Noé, dir., *Historia crítica de la literatura argentina*. Buenos Aires: Emecé, pp. 661-678.
- Zanetti, Susana, 1998. "Apuntes acerca del canon latinoamericano", en Susana Cella, comp., *Domínios de la literatura. Acerca del canon*, Buenos Aires: Losada, pp. 87-105.